

Cesáreo Rodríguez-Aguilera: «José María Subirachs», *Semanario de Información, Artes y Letras*, 16 de abril de 1953, p. 9

Hay artistas jóvenes a quienes más que el entusiasmo y la lucha por realizar una obra importante y de calidad, en la que las sucesivas y diversas realizaciones sean un avance de nuevas experiencias, les preocupa, ante todo y sobre todo, lo que de su obra pueda decirse en tono elogioso; con lo que de la noble actitud de aprendices, por jóvenes y por artistas, caen en la grotesca de histriones (aquellos dos polos opuestos y exclusivos del mundo artístico actual, según el maestro).

Ante la extensa y variada obra de Subirachs, ante su juventud y su inteligencia, y ante su actitud laboriosa y humilde, de lucha y tesón constante contra mil y una dificultades, recibimos una primera y muy grata impresión.

En su modesto taller, enclavado en una de las zonas de más tráfico fabril de la ciudad, sólo podemos contemplar sus obras más recientes y una bien nutrida carpeta de dibujos y bocetos. Casi un centenar de fotografías muestran el largo camino recorrido y la trayectoria artística seguida.

Empieza el escultor Subirachs su aprendizaje en 1945, dibujando en la Escuela de Bellas Artes. El año siguiente decide su vocación escultórica, y en 1947 la consolida plenamente, al actuar, durante él, bajo el magisterio de Casanovas. En sus primeras obras no refleja esta influencia. El clasicismo esencial mediterráneo no impide la creación personal, y nada autoriza a poner en duda la posibilidad de que Subirachs hubiera realizado por aquel camino una obra importante.

Pero los hechos han ocurrido de otra forma. Después de alquilar los necesarios conocimientos técnicos y luego de realizar numerosos relieves y esculturas en distintas materias, reveladoras de la plena posesión de tales conocimientos, Subirachs rompe radicalmente con aquella línea, en la que apenas si había salido de lo imitativo, y con ansias de realizar de manera más plena su personalidad artística, se lanza por nuevos derroteros, en los que se apoya en una violencia y una dureza formal opuesta a cualquier halago. El cambio ha sido radical. Es un empezar de nuevo. No sólo se ha mudado de concepto estético, sino de actitud vital. Como él dice, es el tránsito de los años en que todo se ve color de rosa, a una época en que se perciben en la propia carne las amarguras y la dureza de la vida.

Lo simplemente rudo no está aquí en función de un arqueologismo más o menos depurado, sino en el deseo de empezar una obra partiendo de la pureza primitiva, con enlaces, en este caso, con lo ibérico y gotizante, en un propósito de lograr un lenguaje profundamente expresivo y dramático.

En esta nueva fase, Subirachs está en los comienzos. Hay que avanzar, hay que depurar y pulir el medio de comunicación artística. Si se admira a Rebull, por su precisión y por su vitalidad palpitante, si se han recibido con entusiasmo las buenas lecciones de Casanovas, de Manolo o de Clarà, como Subirachs afirma, es que se sabe y se puede encontrar la medida justa de la realización.

Subirachs mira con atención la moderna escultura italiana y también la obra de Henry Moore. De éste, cuya obra le parece fría, le queda a Subirachs cierta reminiscencia en muchos de sus dibujos y bocetos, y una gran preocupación por los espacios vacíos dentro de la obra.

Superadas las circunstancias que le obstaculizan su plena consagración artística, Subirachs puede, por el camino emprendido, en ininterrumpida superación, darnos, en una obra acabada y justa, un mensaje expresivo de vigor y plenitud.